

conciencia. Tan solo este espectáculo moral bastaba para indicar una revolución profundísima en el mundo. A fines del siglo undécimo Godofredo de Bouillon ha ido con su soberano á Roma y ha puesto la bandera del Imperio en los muros de la ciudad leonina entre los horrores de la guerra; pero á cambio de este desacato la cruzada por móviles piadosos, la fe mas pura en el alma, la castidad mas virginal en el cuerpo, victorias convertidas en penitencias, peregrinaciones armadas á través de los desiertos y á millares de leguas tan solo para servir á la Iglesia, el combate continuo por Cristo y su vicario, la toma de Jerusalem mas por las plegarias que por las armas, la vida para el Papa y la muerte para el cielo. Mas ahora, al mediar el siglo décimotercio, todo se cambió radicalmente. Un excomulgado, Federico II, dirige la cruzada. Sus móviles nada tienen que ver con la fe cristiana. En vez de combatir, negocia. En vez de ganar Jerusalem por los ejercicios piadosos y por los empeños militares, la gana por la diplomacia, invocando mas que el odio, la amistad de los infieles. Así, ya parece un avanzado filósofo, ya un verdadero inquisidor; en tal instante oíríais que sueña con un Califato musulmánico y en tal otro con un Pontificado romano; ora, estudiándolo á fondo, como necesita y exige esa especie de jeroglífico viviente, encontraríais un enemigo de la guerra indignado con los fundadores de religiones porque han puesto tantos odios y tantas enemistades en la tierra, ora un aspirante á fundar los dogmas de las teologías monoteistas y á ponerse á la cabeza de Roma, de Constantinopla, de Jerusalem, de la Meca para establecer un imperio de las almas; representante fiel de futuros días históricos, que amanecen allá en los lejanos bordes de los tiempos venideros, representante, decia, de la idea emancipada y libre, que lucha rebosante de vida y ebria de victorias con todas las fatalidades de la naturaleza, de la sociedad y de la historia. Una gran revolución personificada en este hombre extraordinario dará irremisiblemente de sí una nueva sociedad.

En aquel mundo herido por los desengaños estalla una noticia, bastante á matarlo de terror: los mongoles han tomado á Jerusalem. La Ciudad Santa, templo de Salomon, tribuna de los Profetas, santuario de Dios, vencida por leyes fatales, se ha desplomado nuevamente en la servidumbre. La raza mongólica aparecía respecto á las otras razas orientales invasoras como la raza

húnnica respecto á las tribus del Norte, es decir, como la mas bárbara entre todas las razas asiáticas. Imaginaos un huracán que se hubiera levantado, súbito y furioso, en los arenales internos del Asia; un témpano que se hubiera desprendido, á guisa de planeta de hielo, desde las cimas del polo y rodado hasta las costas del Mediodía; una nube inmensa formada por la condensación de vapores mefíticos que exhalara de sus entrañas la peste; pues no comprenderíais aun todos los horrores de esa irrupción inesperada, cuyo relato ciertamente imaginariáis fantástico por lo semejante á todo lo que cuentan las religiones del día terrible, en que debe apagarse el sol, destruirse el mundo, caerse las estrellas, levantándose entre los torbellinos de pavesas y de cenizas el Eterno Juez rodeado de los ángeles exterminadores, que en vez de llevar, como en el primer día de la creación por los espacios luminosos el Verbo fecundante, llevan los rojos relámpagos de la ira celeste, y el mandamiento inapelable de la destrucción universal. Pastores y guerreros á un tiempo, no puede decirse qué era en sus manos mas terrible, si el cayado ó el sable. Hijos del desierto, querían extender el desierto por todas partes. Las grandes poblaciones les repugnaban, creyéndolas colmenas de vicios; y se proponían, guiados de instinto aniquilador, convertir la tierra en soledad inmensa, desprovista de toda población, de todo monumento, de toda vida civil. Así, desde el Norte de la China hasta las llanuras de Bagdad, dejaban por doquier nubes de humo en el horizonte enrojecido por el incendio y pirámides de calaveras en la tierra desolada por la devastación. Al estrépito de tantas ruinas estremecíanse los corazones y contábanse las gentes unas á otras, cual si estuvieran en el año 1000, que iba muy pronto á venir sobre la tierra la destructora dominación del Ante-Cristo. Jamás Atila produjo tanto terror como estos genios de la demolición universal, los cuales murmurábanse al oído la consigna misteriosa de convertir los altares de la Roma pontificia en pesebres para sus caballos de guerra. Damasco acababa de caer á sus plantas, cual una rosa tronchada; y para conmemorar este hecho habían batido una moneda, en cuyo exergo se veía en letras grandes la terrible palabra: «Destrucción.» Y se extendían por todas partes, semejándose á seres fantásticos por lo monstruoso de sus cráneos y lo pequeño de sus retinas y lo extraño de sus cabalgaduras, semejantes á ratas que huyeran espantadas y perseguidas de algún monton

de ruinas. Siria humeaba y humeaba Hungría. Ningun respeto humano podia detener á quienes se imaginaban ministros de la cólera divina. Su traje se componia de pieles; su alimento de carne cruda; sus armas de arcos certeros; su armadura de petos que no completaban los espaldares, pues jamás volvian la espalda; sus tribus de familias en tanto número que parecian aumentados y reproducidos con la fecundidad de los insectos ó de los peces. El terror suscitado por tamaña irrupcion llegó hasta los príncipes musulmicos, que quisieron reconciliarse entre sí y tender amiga mano á los príncipes católicos, á quienes mandaban emisarios y embajadores. El Emperador de Constantinopla, que representaba el Imperio latino, lanzaba tambien gritos de terror, cuyos ecos henchian los aires y aterraban á todos los pueblos. La situacion de este César griego era tan apurada que habia hecho alianza con los comunes, jurándoles fidelidad sobre el cadáver de un perro; y habia encendido las chimeneas y alimentádoles con las puertas y ventanas de su palacio; y habíase visto obligado á pedir prestadas las vestiduras con que la emperatriz se presentó llorosa ante el rey de Francia, demandándole auxilio contra las irrupciones mongólicas y ofreciéndole en cambio la verdadera corona de espinas que ciñeron á las sienes de Cristo sus verdugos en los dias de la Pasion. En medio de esta pujanza de los infieles y de este terror de los cristianos, ya puede la imaginacion figurarse cuál seria el entusiasmo público por la que podemos llamar la última cruzada. Las ilusiones de la fe desvaneciáanse como bocanadas de humo; aquellos imperios de Trebisondas descritos en las canciones caballerescas como emporios de todas las riquezas y que ofrecian á cada cruzado un trono semejante al que tienen las potestades angélicas en el cielo; aquel imperio lleno de atractivos habíase disipado en triste pesadilla; la ciudad de Jerusalén, por los ensueños místicos entrevista, con sus muros de oro y con sus torres de esmeraldas, asentada como la reina Saba entre aquellas riquezas salomónicas con tan vivos colores descritas en las historias bíblicas, aquella ciudad querida y deseada de las almas, anticipacion de la bienaventuranza, pórtico del cielo, entrada del paraíso, habíase trocado en una especie de madriguera, en árido desierto abierta, triste monton de cenizas del cual se habian evaporado todas las grandezas apareciendo á los ojos como esos esqueletos frios, cuyas carnes se han repartido los perros y los cuervos. Así la

misma literatura, que exalta los sentimientos; la poesía misma, que enardece los deseos; la música del trovador, los cantos populares apartaban el corazon de las cruzadas y decian que Dios mismo y su Hijo estaban empeñados en convertir el Santo Sepulcro en una musulmana mezquita. Y en efecto, al aproximarse los mongoles á Jerusalem huyeron los habitantes cristianos reunidos allí por los tratados de Federico II; y al huir los cristianos y ver sus perseguidores que se escapaba tal presa, acudieron á una estratagema bien pérvida. Cuando ya estaban léjos y volvian la vista conturbada hácia atrás á contemplar el santo objeto de sus ansias, adorado nido de su fe y de su amor, tocaron los infieles las campanas; y al oir aquellas voces de sus templos, tan detestadas de los mahometanos, creyeron los fugitivos en un milagro, creyeron que las tocaban los ángeles del cielo para llamarlos y se volvieron y entraron. Pero, al entrar, los degollaron á todos sus feroces é implacables vencedores.

Parecia natural que se hubiera conmovido de un extremo á otro extremo Europa entera. Terror hubo; pero ninguna reaccion contra este terror, ningun género de entusiasmo que denotara deseo de reivindicar el Santo Sepulcro, perdido irremisiblemente para la cristiandad. Ni siquiera se propusieron los grandes señores de Europa lo que se habia propuesto aquel Federico de Suabia, de quien decian las crónicas pontificias tantos horrores. Solo un rey gimió, San Luis de Francia; y á sus gemidos hasta la Sede Pontificia misma contestó con desdenes increíbles, empeñada como estaba en sus rivalidades y porfías con la antigua y poderosísima casa de Suabia. Y no cabia en las leyes de la historia que la Edad media católica se despidiera sin apelar á una reaccion necesaria. Sus grandes fuerzas se manifestaron á una en este momento supremo. Un penitente de Asís demostró, reproduciendo en la pagana Italia los milagros del Evangelio, toda la virtud que guardaba la fe; un sabio de Sicilia, escribiendo la Suma Teológica y sintetizando las ciencias de su tiempo, reveló cuántos tesoros de ideas encerraba todavía la pura y antigua ortodoxia; un poeta de Florencia, inspirándose en la religion y trayendo á la vista mortal los inmortales círculos de lo eterno, fulguró la gran poesía católica; varios arquitectos levantaron las catedrales góticas que los vidrios de colores tiñeran, que los órganos con sus trompetas angélicas llenaran de celestes melo-

días, mientras los pintores, rompiendo con la tradicion bizantina que paralizaba los grandes impulsos del corazon y las sublimes inspiraciones de la fe, hacian descender del cielo á las áureas tablas las Vírgenes rodeadas de los ángeles y de los serafines, nuevas y santas revelaciones de la eternal belleza, por que suspiran tristemente en sus destierros y en sus dolores nuestras almas. Y la reaccion política hácia las virtudes del siglo undécimo se personificó en San Luis de Francia. Flamenco por sus abuelos paternos y castellano por su madre, reunia este héroe singular á la complexion serena y á la madurez reflexiva de las razas del Norte la exaltacion y la vehemencia de Castilla. La fe, la pura fe católica llenaba su inteligencia entera; y el deseo de realizarla y de cumplirla en obras maravillosas llenaba su corazon. Y en prueba de esto, al recibir la nueva de que Jerusalem habia caido en poder de los infieles y con Jerusalem aquellas ciudades, vecinas suyas, que la rodean y que parecen como el follaje de esa flor, su alma cerrada por completo á las dudas introducidas por las ideas del siglo en otras almas, se abrió al dolor de toda la cristiandad y por todos los cristianos padeció en su trono cual padeciera Cristo en su patíbulo por todos los hombres. Acostumbrado á cierta reserva, calló al comun de las gentes que le circuian su pena; y solamente la dijo en toda su desnuda sencillez al Papa. Este, Clemente IV, mas poseido de fervor político que de fervor religioso, mas embargado por el odio á los imperiales que por el odio á los árabes y mongoles y tártaros, mas rey que sacerdote, trató de disuadirle indicándole ya como una idea definitivamente confirmada por el curso de todos los hechos la imposibilidad insuperable de domar á la indómita y terrible Asia. Pero San Luis no podia faltar á su interior vocacion ni á su providencial ministerio en el mundo. Sin comprender todas las trascendentales consecuencias encerradas en la respuesta del Papa, sin adivinar cómo renegaba el Pontificado de su propia obra y cómo venia el Pontífice á convertirse en cómplice de sus enemigos y en autor de su irreparable ruina, porque los siglos se desconocen á sí mismos, y lo presente solo se puede juzgar bien cuando ha caido en el panteon de lo pasado, dejó San Luis al Papa en su desconfianza y en su escepticismo, y reconcentró el pensamiento en la meditacion de los terribles hechos sucedidos en tan supremo instante, con ánimo de borrarlos con esfuerzos y prodigios de su decidida voluntad puesta com-

pletamente á servicio de Dios. Las ciudades le hablaban desde el fondo de su desierto y desde el seno de su cautiverio. Los muertos le requerian al combate desde sus sepulcros. En las largas horas de la noche oia, cuando el viento zumbaba, una especie de reconvencion dirigida por los mártires á su indolencia. Los cadáveres insepultos le ponian miedo como si estuvieran todos en derredor suyo y todos le demandaran mudamente el refugio y el descanso de las sepulturas. Cuando oia misa, temblaba considerando el número de fieles degollados por los infieles; y cuando pasaba por un monasterio atronábanle sus oidos con las lamentaciones de las vírgenes del Señor desamparadas en los desiertos de Palestina y de Siria y de Egipto á la brutalidad de los invasores. Así cayó enfermo y estuvo como en trance de muerte. Una dama, que le cuidaba, arrojóle ya las sábanas del lecho en la cara como si fuese un cadáver á punto de recibir un sudario. Salvóse de esta enfermedad tan milagrosamente que los suyos le creian como resucitado. Aun no recobrara el habla, cuando pidiera la cruz. Aterróse su madre, aterraronse los clérigos tambien que le rodeaban, y dieron á este pensamiento el carácter de un delirio engendrado por la fiebre. Pero, ya convaleciente, retiró la cruz pedida en los horrores de la agonía, y volvió á reclamarla para que vieran todos y su madre con especialidad cómo provenia la demanda del juicio reflexivo de su mente y no del ardor febril de su sangre.

La cruzada se emprendió por fin. Si en otras los venecianos llevaban sus libros de comercio, en esta llevaba San Luis sus instrumentos de labranza. Tal decision se inspiraba en la idea de fundar colonias latinas en Egipto, que sirviesen como de seguro y presidio á las conquistas hechas en Tierra Santa. Por fin llegó á Chipre, donde se detuvo algun tiempo. Su alma, superior á los accesos de las bajas pasiones, consagróse allí, como en todas partes, á los profundos pensamientos y á los vastos proyectos. Mas los suyos, no tan grandes como él ciertamente, cayeron en la antigua isla de los amores, como pudieran caer en los brazos de una concubina, y viciaron sus almas en el placer y corrompieron sus cuerpos en la abundancia. Las prostitutas orientales alzaban sus burdeles ambulantes en torno de las tiendas, donde anidaban las dos purísimas almas del rey Luis y de su esposa Margarita. Decidido á cortar este mal, que le apenaba, zarpó de Chipre, y torció el rumbo hácia Egipto.